

ATAUN EN LA EDAD MEDIA

EL ANTIGUO CASTILLO

Las ruinas del antiguo Castillo de Ataun, tan famoso en otro tiempo como ignorado en el nuestro, álzanse todavía hacia el SE. de aquella villa, no muy distantes de la carretera de Navarra. Se hallan encima del pico infracretáceo denominado Archabaleta, el primero de los que coronan la sierra de Aizkoate y su altura mide 190 metros próximamente sobre el valle cruzado por el río Agaunza. Desde allí dominó, siglos atrás, algún insigne malhechor que con la fuerza de las armas consiguió subyugar á los humildes habitantes de las comarcas vecinas, ó algún generoso señor, protector y caudillo de aquellos pueblos en las luchas que sostenían con sus enemigos. De todos modos, aquellas ruinas despiertan un vago recuerdo de antiguas generaciones guerreras que pasaron y cuya historia ignoramos hasta el presente.

Es tradición muy extendida entre los habitantes de Ataun, que en aquel paraje hicieron su morada los «gentiles», raza feroz y salvaje que aferrada en la superstición, no quiso convertirse á la religión de los cristianos, con los cuales, sin embargo, conservaba trato muy frecuente. Son prueba de ello las curiosísimas anécdotas que todavía se cuentan de ellos.

Argomales incultos é intrincadas malezas, por un lado, y

rocas muy encrespadas, por el otro, rodean actualmente aquellos peñascos, dificultando en gran manera la subida, á partir de la misma carretera; pero en llegando al tercer pico, por el cual es más fácil el acceso, admira la extraña forma de una vereda muy lisa, practicada en roca viva, y que bordeando un despeñadero, conduce hacia el lado del monte donde se hallan las ruinas del Castillo. Esta vereda fué tal vez destinada para las mujeres, según parece desprenderse del nombre vasco «Andrabideeta» con que la llaman los naturales. Antes de llegar á la cima pueden verse cascós de vasijas, huesos de animales, clavos y otros pedazos de hierro completamente oxidados, y que mezclados con la grava se revuelven y corren por la pendiente.

Estando ya al pie del Castillo por el lado Norte, se ve que toda la roca sobre la cual descansan las ruinas, es un verdadero precipicio que se levanta erguido, dominando la parroquia de San Martín y sus contornos. Su cumbre, casi inaccesible, sólo por el poniente ofrece una entrada natural que en otro tiempo estaba cerrada por una recia pared que todavía subsiste en parte. Esta, que mide un metro de grueso por doce de largo y tres de alto, es una hermosa obra de cantería, y en la rigidez de su forma y extraña dureza de la argamasa presenta señales clarísimas de su antiquísima construcción.

El amplio recinto á que da entrada la parte derruida de esta pared mide 24 metros de largo por 10 de ancho, y actualmente recibe el nombre de «jentill-baratza», ya sea por la forma de huerta que, cerrada por todos sus lados, presenta á primera vista, ó ya por creerse que allí enterraban los «jentilles» los cadáveres de los suyos. Las profundas excavaciones que hice en esta cima el día 7 de Agosto en compañía del regidor síndico de Ataun, don Nicasio Garayalde, dieron por resultado el hallazgo de clavos de variadísimas formas, de un pedazo de espadín, de tres puntas de lanza y dos monedas de vellón, que vinieron á confirmar mi presentimiento de que allí estuvo la antigua fortaleza de Ataun, donde vivió un famoso alcaide, de cuyas correrías por tierras de Navarra hacen mención los anales de este reino. ¿Será tal vez ésta la fortaleza de Athavit que juntamente con las de San Sebastián, Fuenterrabia, Beloaga y otras,

fué entregada al Rey don Alfonso VIII de Castilla el año de 1200? Por mi parte me inclino á creer que si hubo en Ataun algún castillo que se sometió á Alfonso VIII, fué éste de «Jentill-baratza» aunque en esto me aparte algo de don Pablo Gorosabel, quien cree que probablemente el tal castillo estuvo donde actualmente se halla la iglesia de San Gregorio (1).

Dejando aparte la cuestión de si el Athavit ó Athagun citado por el arzobispo de Toledo, don Rodrigo Jiménez, corresponde ó no á Ataun, es lo cierto que el castillo de «Jentill-baratza» existió en aquella época, según se debe colegir de las dos monedas castellano-leonesas arriba mencionadas.

Volvamos la vista al solitario recinto. Se halla todo él limitado á lo largo de la parte oriental por una especie de balcón de durísima peña, que en varios de sus puntos forma verdaderos sillones de fortísimo respaldo. En la parte SO. E. aparece un hoyo bastante profundo, muy bien trabajado en roca viva y que probablemente sirvió para depósito de agua tan necesario en aquel paraje. Bajando por unos escalones practicados en la peña por el lado Sur, antes de recorrer la distancia de 10 metros aparece la boca de una estrecha cueva que conduce á otra más espaciosa, iluminada por una ventana natural abierta hacia el oriente, en medio de un precipicio. Esta cavidad habrá podido ser una habitación en otro tiempo, ó bien algún lugar de enterramiento: no lo pude comprobar.

Por lo tanto, donde más vestigios se hallan de haber existido algún castillo en aquel lugar, es en la cima de la peña, la cual, sin embargo, aparece ahora tan distinta de lo que fué en los turbulentos siglos medievales.

Porque aquella cumbre que en otro tiempo estaba coronada por un recinto fortificado, con sus torres y puente levadizo, está reducida á un estrecho campo de pasto, cubierto de verde yerba, poblado por todas partes de encinas y otros árboles silvestres. Ya no se dejan oír las pendencias de los jugadores, ni el cuerno del centinela, ni los choques de las armas, ni el griterío de los

(1) *Noticia de las cosas memorables de Guipúzcoa*, por Pablo Gorosabel, tomo V, pág. 40.

combatientes, ni se dejan sentir las severas órdenes del Alcaide. Todo está en silencio profundo, interrumpido tan sólo por el canto de los pajarillos que cruzan las ramas de los árboles y van á guarecerse en las resquebraduras de las peñas. Nadie inquieta á las avecillas, que revolotean en torno á las ruinas del castillo; no hay olor de pólvora que las ahuyente, ni estampidos alarmantes que las hagan revolotear azoradas. En la cumbre reina serena, profunda paz. *Sic transit gloria hujus mundi.*

JOSÉ MIGUEL BARANDIARÁN.

Seminario Conciliar de Vitoria, 16 de Agosto de 1916.